



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13192

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 3 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

VIERNES 3 DE NOVIEMBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL
41 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Sedrección en Cartagena: VIUDA DE BORO Y COMPAÑIA Caballos 15

Es tarde

Eso dice la prensa de San Petersburgo frente al manifiesto con que el emperador anuncia a Rusia la concesión de las reformas.

¡Es tarde! Siempre ocurre lo mismo. En Cuba paso igual. Pedíase allí la autonomía. Primero en las Cortes y los desentendidos; después en la manigua y nos negamos a escuchar la petición. Por fin la concedimos, pero ya era tarde y Cuba se separó de España declarándose independiente.

Los hechos se repiten. Toda negativa convertida en tema cede al fin; pero cuando ha pasado la oportunidad; cuando no satisface por haber enjuadrado otras aspiraciones; cuando en fuerza de negar lo pedido y perseguir a quien lo pide, ha sembrado en el alma el recelo de que la concesión no es hija de la voluntad sino del temor.

Eso ha pasado en Rusia; se la llevo a la guerra sin interesarla en el combate; se la fusio en la vía pública cuando pretendía acercarse al palacio imperial para demandar del soberano alivio a su miseria; pidió reformas y le fueron negadas y al demandarlas con mayor viveza se le puso delante a Trepoif.

¡Una victoria!—pedía la burocracia.—Una victoria que modificara el efecto moral de aquella serie de desastres comenzada en el

paso del Yalú y terminada en Mukden. ¿Para qué la pedía? Para adelantarse en el poder, para hacer tabla rasa de cierta sombra de promesa relativa a derechos políticos hecha por el Czar.

No vino la victoria para modificar la situación, pero en cambio vinieron los recelos, se encesparon los odios, surgió la lucha con todos sus horrores y lejos de cesar en sus orios los revolucionarios arremetieron con mas furia.

Y ahora ofrece Nicolas II dar una constitución a su país; y le promete el sufragio universal, la libertad de pensamiento, el derecho de reunión; y le asegura que no podrá ser ley nada que no lleve la sanción de la Duma, o sea del Congreso, libremente elegido por el voto de todos.

Con bastante menos se hubiese conforado el pueblo ruso hace dos meses; pero se extremo la negativa; fundonaron sin piedad los cosacos; se olvidaron los hechos históricos; se extremaron las medidas de fuerza y a la fuerza bruta encomendaron los unos el triunfo de sus aspiraciones y los otros su adelantamiento en el poder.

Ante la insistencia de la lucha han cedido estos últimos; pero al aliarse a satisfacer los deseos de los otros, se encuentran con que estos no aspiran ya solo a obtener las reformas, sino también a derrocar el régimen convirtiendo el imperio en república.

El manifiesto del emperador no ha dado el resultado apetecido; llega tarde; llega con la inoportu-

nidad que han llegado en el mundo tantas cosas que de haber llegado mas pronto hubiesen conser-vado lo que se ha perdido.

Un discurso de Villanueva

Bajo sobre, por correo, y contenido en dos cuartillas, hemos recibido el discurso con que se ha despedido del personal del ministerio de Marina el señor Villanueva.

Dice así:

Señores:

Nada hay que una tanto a los hombres como el trabajo, esa hermosa y aun sublime maldición, fuente de todos los bienes en la vida, por lo cual sin duda no se separan jamás sin pena los que juntos trabajaron; y más aún si lo hicieron respirando ambiente de desgracia y amargura. Por eso, también la siento yo al dejaros retirándome del puesto desde el cual tanto y tan bien puede un ciudadano servir a su patria.

Os lo dije hace muy poco, apenas poco más de cuatro meses y lo cumplo religiosamente; os dije que no me veriais al frente de la Marina española como en jefe por azar de la política, pero como jefe con las responsabilidades y deberes propios del cargo desde el instante en que mi conciencia me indicase que no podía servir ni contribuir a su engrandecimiento y al de mi patria que gime bajo el peso de tantas incoherencias y esterilidades; y como nada de esto puedo hacer, dejo un puesto al cual solo vine para vencer acertando.

Me reemplaza el general Weyler, al que tengo el honor de presentaros, quien con suerte mejor hará lo que yo no pude conseguir. Se lo deseo por él, por la Marina y por España. Los méritos que se vinculan en su nombre lo merecen.

En vosotros, en este personal, señor general Weyler hallareis lo que yo encontré: ayuda leal, subordinación, disciplina y honrades sin auperior y anhelos fervientes de servir al bien público.

Ningún recuerdo me acompañará en mi retiro superior al de vuestra conducta, como militares con el hombre civil que os rigió algún tiempo.

Yo lo proclamaré como ejemplo de la virtud de una clase en cuya frente se refleja la tristeza infinita que embarga su

corazón. ¡Ojalá haya acertado a dejaros el recuerdo de una buena fé y una buena intención ilimitadas! Porque con mi modesto nombre honrado, es lo que más deseo poder ofrecer al respeto de mis hijos y a la consideración de mi patria.

Dejo de ser vuestro ministro, pero jamás dejaré de ser uno de vuestros más convencidos defensores.

Los dos himnos

Hasta mis oídos llegaban desde lejos, entre vítores y aclamaciones, sonando alternativamente, las notas de la Marsellesa y de la Marcha Real.

Eran las voces de dos pueblos, que uno a otro se narraban, con inspirados acentos, la historia de sus instituciones.

Hablaba el himno republicano de fieros tumultos populares; hablaba el himno monárquico de los heredados derechos de la Realeza; los sonos de uno parecían flotar sobre un bosque de picas blandidas por brazos frenéticos; los del otro sonaban delante de acicaladas alabardas, brillando en ordenadas filas: hacia pensar el uno en muchas dumbres, desarrapadas, en pies descalzos y manos callosas; el otro en flotantes penachos y galoneados uniformes.

Era el uno el símbolo de la Revolución, el 10 de Agosto, el 21 de Enero, la diosa Razón pasaba en triunfo por las calles de París al grito de victoria sobre la colina de Jemmapes.

Era el otro el símbolo de gloriosas tradiciones. Las Partidas, Granada, el descubrimiento de América, España de rodillas ante la hostia alzada.

Estos himnos habían representado dos direcciones opuestas del espíritu humano, hostilmente sangrientas.

Durante un siglo entero la Marcha Real fué la réplica de la Revolución; cuando la Marsellesa sonaba en las calles, aprestábanse a la defensa los palacios.

Ahora, extinguidos los odios, resueltas armónicamente las contradicciones históricas, la Marsellesa era la voz de Francia que saludaba a España, y la Marcha Real el canto de bienvenida de nuestro pueblo al representante del pueblo francés, y ¡oh, triunfos hermosos de la paz! al son de la Marcha Real se gritaba ¡viva el Presidente de la República francesa! y al son del himno de Rouget de Lisle se lanzaba el grito de ¡viva el Rey!

ZEDA.

LA NAUTILUS

El próximo viaje de instrucción

Se recibieron en la Capitania general de Ferrol las instrucciones para el nuevo viaje que va a emprender la corbeta «Nautilus».

Tan pronto terminen las reparaciones que se vienen haciendo en el citado buque entrará éste para Cádiz, donde permanecerá el tiempo necesario para que los guardias marinas visiten el observatorio astronómico, Arsenal de la Carraca, especialmente el taller de cañones, y demás establecimientos que la Marina tiene en aquel Departamento, y mientras tanto en el buque podrán hacerse los repuestos de víveres, agua y demás pertrechos necesarios para el inmediato crucero que emprenderá, saliendo de Cádiz para la Isla Madera y archipiélago canario, donde visitará los puertos de Santa Cruz, de Tenerife y Las Palmas, dirigiéndose después al de Cabo Verde, procurando fondear en Puerto Grande de San Vicente para media-las de Enero: de aquí para el Río de la Plata, donde los guardias marinas podrán visitar lo que de notable y digno de ser visto encierran las poblaciones de Montevideo y Buenos Aires.

Desde el Río de la Plata emprenderá el viaje de regreso a España, tocando en la Martinica y alguna otra isla de las Antillas menores que pudiera ser Guadalupe, siempre que le permita la premura del tiempo.

La «Nautilus» procurará estar de regreso en Ferrol en la segunda quincena de Junio próximo, pudiendo hacer escala en las Terceras si lo considera necesario su comandante para reponer víveres y aguada.

CURIOSIDADES

La Remolacha

El «Boletín de los Mercados», de París, publica una estadística de la cual resulta que en 1904 se sembraron en Europa 1.600.000 hectáreas de remolacha, y en 1905, 1.877.847.

La producción en 1904-906 fué de cuatro millones 690.000 toneladas, y la cosecha de 1905-906 calculase que llegará a 6.625.009.

Estudio médico

La Naturaleza siempre obra más enér-

EUGENIA GRANDET 195

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 191

la de Eugenia y su madre, juntas siempre en el hueco de aquella ventana, juntas en el templo y juntas al acostarse en el mismo dormitorio.

—¡Pobre hija mía!—replicó la señora Grandet cogiendo la cabeza de Eugenia y apoyándola sobre su seno.

En cuanto a ti, Eugenia, si lloras por ese lechuguino, basta ya, hija mía.

Tu primo partirá dentro de poco para las Indias. No volverás a verle...

El padre recogió entonces sus guantes, que había colocado en el ala de su sombrero, se los puso con su calma habitual, se los sujetó cruzando los dedos unos otros y salió.

—¡Mamá, mamá, me abogo!—exclamó Eugenia cuando estuvo sola con su madre.—No he padecido nunca tanto como hoy.

La señora Grandet, viendo que Eugenia 'palidecía, abrió la ventana para hacerla respirar el aire libre.

—Estoy mejor—dijo Eugenia después de un rato.

Esta emoción nerviosa en una naturaleza hasta entonces sumergida en calma y frialdad aparentes, produjo impresión honda en la señora Grandet, que contempló a su hija con ese instinto simpático de que están dotadas las madres cuando del objeto de su ternura se trata y que lo adivinan todo.

Realmente, la existencia de las famosas hermanas húngaras adheridas la una a la otra por un error de la naturaleza, no había sido más íntima que lo era



XXXIII

La señora de Grandet, cuyo rostro besaba Eugenia con esa efusión cordial que causan en nosotros los dolores secretos, estaba ya sentada en su sillón de ruedas haciéndose unas mangas para el invierno.

—Pueden Vds. comer—dijo Nanón, que bajaba de